

## *XLI Exaltación a Nuestra Señora de las Angustias coronada de Santa María de la Alhambra*

### **1. Introducción: Del silencio a la alabanza**

¡SILENCIO!

Pudiéramos pensar que el silencio es ausencia de expresión. Como tal, lo concebimos como antónimo de la palabra, el cante y cualquier tipo de manifestación.

El silencio se nos presenta a veces como contrario a la esencia misma de lo humano: si el hombre se hace por la comunicación, el silencio parece romper el encuentro hasta con el más cercano.

Sin embargo, a veces el silencio es más elocuente que la palabra. Cuando se trata de amor, tristeza, vida, muerte; cuando se trata de aquellas realidades fundantes de nuestro ser, entonces el silencio se vuelve más elocuente que el discurso. ¿Acaso no expresa el dolor una lagrima silente mejor que el grito más desgarrador? ¿no hay más alegría en una sonrisa que en la más bella canción? ¿cabe más amor en un discurso que en un beso que nace del corazón?

Hay silencios, por tanto, elocuentes, que resuenan hasta lo más alto del cielo, sobre todo cuando nacen en esos momentos en los que la vida marca un antes y un después en ese devenir de páginas que son los días de nuestra existencia.

Uno de esos silencios elocuentes es el que nació en mi corazón cuando recibía el encargo de nuestro hermano mayor y su junta de gobierno de ser el exaltador de Nuestra Santísima Madre.

Silencio de estupor por el asombro de que recayera en un servidor tal responsabilidad y honor, pues no es cualquier tarea exaltar a la Madre del Señor. Silencio de gratitud, pues cuando se recibe un don inmerecido, uno no puede más que agradecer la gracia

recibida. Habéis oído bien, GRACIA, porque este encargo de alabar a la Madre de Dios, aunque venga por boca humana, si no lo quiere Dios no se alcanza. Silencio de oración, pues inmediatamente después de recibir el encargo, busqué esa mirada única de Nuestra Madre en la imagen que me acompaña desde niño al amanecer y al ocaso en mi habitación.

Yo la miré en silencio, pues ni siquiera entonces sabía qué decir. Solo podía orar así:

¡Madre que todo lo puede  
nada escapa a tu potestad,  
pues has dejado silente  
al que nunca para de hablar!

Sean tuyas mis palabras  
díctamelas al corazón  
que resuenen como dignas alabanzas  
a Ti y a tu Hijo, Dios de Salvación.

Sean pues mis palabras un canto de alabanza y amor, a Nuestra Madre de la Alhambra y a su Hijo, Nuestro Señor. Procuraré con todas mis fuerzas que en ellas no haya nada que distraiga vuestra mirada de quienes son su fuente y razón. Mas disculpadme si en ocasiones os remito a mi vida y experiencia; bien sabe quien me conoce que no gusto en presumir de conocimiento y ciencia. Lo que ocurre es que para cantar las obras de Dios y la grandeza de María, tengo que pasar por algunos momentos de esta vida mía, que nada sería sino gracias a Dios y a María.

Dios y María. Dios por María. Dios en María. Quiso Dios, Señor del cielo y de la tierra, entrar en la historia humana pidiendo permiso a una doncella. Quiso Dios darnos la salvación, asociando a la redentora misión a la criatura más bella. Quiso el Señor que esta

Mujer fuera la Maestra en la Fe que nos ampare, cuando en la cima del calvario dijo al discípulo amado: ¡Ahí tienes a tu Madre!  
Es por esto que exaltar a Nuestra Madre, debe comenzar por cantar las maravillas que Dios hizo en Ella y, por medio de Ella, en nosotros.

El Poderoso ha hecho obras grandes  
desde el principio de la creación,  
pero fue la Encarnación  
el centro de los designios eternos.

Y pues fue tu Sí, Madre,  
la puerta abierta a Dios Soberano  
recibe del pueblo cristiano  
este pregón que tus grandezas proclame:

Todo el mundo en general  
a voces, Reina escogida,  
diga que sois concebida  
sin pecado original.

Así el pueblo cristiano confiesa  
con devoción, fe y amor  
que la Madre del Señor  
nació, del pecado, ilesa.

Así lo dice Granada  
en la piedra, la talla y el lienzo,  
en su canto y en su rezo  
cuando tu pureza proclama.

Porque antes que el alba fuera  
antes que el tiempo tuviera voz  
ya te soñaba el mismo Dios  
como intacta primavera.

Inmaculada en cuerpo y alma  
Virgen en tu eterno Sí  
Madre cuando diste aquí  
carne al Verbo que nos salva.

Por esta entrega de vida  
sin reservas para Dios  
fuiste elevada por el Señor  
en cuerpo y alma al trono celestial.

Hoy nos miras desde tu cielo granadino,  
en tu Alhambra, trono de la historia,  
que guarda como tesoro la memoria  
de la santidad de la reina que te trajo consigo.

¡Bendita herencia isabelina  
que nos legó su fe y devoción  
y bajo tu custodia y protección  
puso a su Granada querida!

Hoy te miramos, Señora,  
alzarte sobre la historia  
coronada en fe y gloria  
como Reina, Madre y Protectora.

Desde la Alhambra, fortaleza erguida  
testigo de los siglos del devenir humano  
contemplas grave y en silencio sacro  
el drama de una humanidad herida.

Venimos ante Ti cada uno con su Cruz,  
dejando atrás orgullo, vanidad y ciencia,  
que aquí solo se busca tu clemencia,  
y para este valle oscuro, de tus ojos, la luz.

No hay espina que no sientas  
ni herida que no te duela  
eres Madre que consuela  
cuando el dolor se presenta.

Por eso cuando el alma  
ya huele a cera y a oración,  
sea tu nombre la razón  
que a nuestra fe traiga la calma.

Que comience esta palabra,  
que resuene mi exaltación  
que en la Sabika se hará oración  
como un canto que brota del alma.

Dale voz a esta alabanza  
bajo tu amparo y tu manto:  
Mi devoción hoy se hace canto  
ante su Madre,  
¡Angustias de la Alhambra!

## 2. Saludos y agradecimiento al presentador

Señor Hermano Mayor. D. Roberto Martín, y miembros de la junta de gobierno de la Muy antigua Hermandad Sacramental de la Santísima Trinidad y Nombre de Jesús y Real e Ilustre Cofradía de penitencia de Nuestra Señora de las Angustias coronada de Santa María de la Alhambra. Rvdo. D. Antonio Muñoz Osorio, consiliario y párroco de esta parroquia de la Encarnación. Hermanos y amigos todos en el Señor.

Contemplar tu rostro, Madre... admirar tu imagen hoy aquí, es como tener ante mis ojos un compendio de los días de mi vida. Pues antes que llegara el primero de ellos, ya tejías mi historia engarzada a la historia de amor por ti que escribías en la vida de mi padre.

Por eso, papá, no podía ser otro sino tú quien desempeñara la tarea de presentarme hoy aquí: a los pies de tu Bendita Madre Alhambreña.

A sus pies transcurrió tu juventud entre montajes de priestía, colocaciones de mantillas, limpiezas eternas animadas por la música de fondo que ponían las voces de aquel primer banco que decían con la autoridad de los años: ¡Niño, repasa bien eso!

A sus pies puso el Señor el sello sacramental al amor tuyo por la que es tu mujer y mi madre. Y no podía ser en otro lugar, ni ante otra mirada. Amor con amor se paga; y qué mejor ofrenda a la Madre que tanto amabas, que ofrecerle la promesa de amor con Mercedes, la mujer de tu alma. Mujer de paciencia, de amor en obras y palabras, de servicio generoso y entrega que le brota del alma. No podía regalarte la reina del cielo, otra joya mejor para fundar una casa. Pues ella sabe ser la luz para tus oscuridades del alma. Ella sabe llenarte de alegría con una sola mirada de esperanza.

A sus pies se hacía verdad aquello que dice el salmo 71: “Desde el principio ya me apoyaba en ti; en el seno materno Tú me sostenías”. Fue justamente así, en el seno materno, la primera vez que a sus plantas me traías, cuando con mamá le agradecías el fruto de vuestro amor eterno. Después vendrían mis hermanos; Gonzalo y Macarena, quedando la casa llena y vuestro corazón colmado.

También en estos años, has venido a sus pies con tus cruces. Bien las conoce y las entiende, pues en sus manos has estado tendido, y jamás has sucumbido porque Ella te tenía de la mano. Pues ya estuvieras lejos o cerca, Ella nunca se apartó de tu lado y nunca te ha dejado para que nunca de su mirada te pierdas.

A tus pies, Señora de la Alhambra, detengo ahora mi exaltación, y la convierto en oración para pedirte por el que me trajo a tus plantas. Una vida siempre a tus pies, en tu cortejo; mi padre siempre con su Madre y Señora. Por eso, hoy te digo: ¡Bendita la hora en que trajiste a mi padre del Realejo a este lugar santo desde el que hoy tu hijo te implora! Guárdalo bajo tu manto, bendice a los que son mi casa y mi hogar, dales salud y bienestar, que a mi ya todo me lo has dado: la Fe, la vocación y una eterna bendición, que es esta familia en la que con amor he crecido y en la que he aprendido que llevar un apellido es dar gracias cada día porque otros te han amado y me han enseñado con su vida a quererte, Reina y Señora de mis días.

3. **“Estaba yo en el vientre y el Señor me llamó; en las entrañas maternas y pronunció mi nombre”** Is 49, 1

El místico poeta de Dios y célebre prior del cercano convento de los mártires, san Juan de la Cruz, decía en su canción del alma:

*“Quedéme y olvidéme  
el rostro recliné sobre el Amado;  
cesó todo y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado”*

Azucenas de un ayer que no es pasado, pues la raíz del árbol, si le falta, lo deja sin vida y hastiado. Esa raíz es nuestra infancia, que define en gran medida, la clase de persona que se puede llegar a ser en la vida.

Esas azucenas del ayer son dulces y bellas estampas de la vida que transcurría entre los cuidados y amores del niño débil y frágil que ve todo de colores.

Azucenas de un ayer que en mi caso florecen aquí, a los pies de este presbiterio, bajo la atenta mirada de la Señora, y con los cuidados y consejos de mis padres y esos veteranos alhambrenos (algunos de ellos aquí presentes) que en los primeros años de la década de los noventa vieron a este exaltador dar sus primeros pasos, a veces saltos, entre estos muros, entre estos bancos, por este lugar santo.

Volver la mirada al pasado es poner mi rostro en tu regazo reclinado, pues fue bajo tu mirada, a tus pies y tu cuidado, que este que fue niño se fue de ti enamorando. Y Tú, como siempre, Madre y Maestra, fuiste preparando la tierra de mi corazón para plantar la semilla de la fe y la vocación.

“Ad Iesum per Mariam”, por María hacia Dios. Y vaya si es cierto, no hay sendero mejor; pues la Madre del cielo, siempre nos

conduce al Señor. Pues esa fue toda su vida, una consagración de su humanidad al Creador.

Contemplad si no la infancia de María. La Venerable Tradición de la Iglesia nos narra aquella promesa al Señor de Ana, la madre de la Santísima Virgen:

*“Vive el Señor Dios –decía la santa- que la niña que nazca, la ofreceré como don a Dios; y estará a su servicio todos los días de su vida”*

María es quien es, y merece toda exaltación, porque desde el seno materno ya vivía por y para el Señor. Su infancia no fue menos. Consagrada al servicio del Señor en el Templo, su vida era una constante en la oración y la alabanza. Así su corazón, con el tiempo, se fue convirtiendo para Dios en morada.

En María se hacía realidad el anhelo del pueblo de la Alianza, que mantenía viva la esperanza de que vendría el que traería la verdad. Una esperanza, profecía y verdad que Ella había escuchado desde niña, de boca de los que le dieron la vida: Joaquín y Ana, sus modelos de santidad. De ellos recibiría María el depósito de la fe y la doctrina, la oración y la forma de vida del pueblo que deseaba al Salvador.

Son ellos, nuestros padres y mayores, azucenas de un pasado que nos hizo. Son maestros, protectores y sombras de cobijo que hacen germinar en nuestro corazón aquellas flores.

María es, por eso, Azucena del pueblo fiel, heredera de generaciones que esperaron ver cumplido su deseo: ver caminar entre nosotros al Señor de tierra y cielo.

Este que hoy les habla, desde este atril, tampoco sería capaz de articular palabra alguna, si no fuera por aquellos que labraron la tierra de su corazón con su vida, trayectoria, esfuerzo y sudor.

La vida, la fe y cuanto más una hermandad, son memoria  
agradecida de aquellos que nos precedieron en la existencia, y  
fueron llamados ya a la vida feliz y eterna.

Por eso, Madre de mi infancia  
aquí me voy a detener  
pues tengo mucho que agradecer  
a esos maestros de la fe, el trabajo y la constancia.

Los que enseñan la santidad  
brillan como las estrellas del cielo,  
los que han sido alivio y consuelo,  
luciendo por toda la eternidad.

Junto a tu trono de gloria  
donde reinas en el Reino Celestial  
tienen siempre un lugar especial  
los que dejaron su huella en la memoria

Aquellos que fueron escuela  
del más importante saber:  
que es saberte querer  
con el amor con que te amó mi abuela.

La que temprano se acostaba  
Adoración, pues tenía que rezarte  
y por horas hablarte  
de su familia que adoraba.

escuela de entrega y oración  
que se fue contigo a la eternidad,  
ofreciendo su enfermedad  
por mi vida y mi vocación.

También se ama con el recuerdo  
a aquellos que ya no tienes;  
así amaba mi abuela Nieves  
besando la foto de mi abuelo.

Antón Anguís se fue muy pronto  
pero se quedó para siempre en nuestra memoria  
pues muchas veces escuchamos su historia  
y mi abuela nos invitó a mirar su foto.

Porque es fuerte el amor como la muerte  
y ni las aguas lo pueden apagar;  
aprendí de ella la manera de amar  
queriendo a todos, como la vi quererte.

Dijo el Señor sobre el amor  
que abunda en lo pequeño y escondido,  
en ese gesto discreto y sencillo  
cuando sale directo del corazón.

Amor de mi abuelo Antonio  
que con su eterna sonrisa  
se dedicaba sin prisa  
a sus nietos, su mayor patrimonio.

Tú estuviste, Madre de mi vida,  
conmigo en mis horas infantiles  
haciéndote presente en la carne  
de los que fueron maestros de vida.

Tú me llevaste en tu Hijo,  
Salvador del género humano,  
cuando por mis abuelos me llevabas de la mano  
a la fe de la Iglesia, buscando su cobijo.

A ti te imploro, Celestial Princesa,  
que los guardes junto al Señor,  
donde no hay llanto ni dolor  
sino alegría que no cesa.

Dales el premio eterno para el hombre  
que vive su vida en amor y gracia,  
pues ellos con su constancia  
me enseñaron a llamarte por tu Nombre:  
¡María, Angustias de la Alhambra!

#### 4. “La Virgen sueña caminos” Federico G. Lorca

*La Virgen sueña caminos  
está sobre el mar.  
Las estrellas la coronan  
y el viento esconde su cantar.*

*San Gabriel:  
- Ave María*

*La Virgen no se sorprende.*

*- Ave María*

*El ángel entre en su casa  
por la puerta del trigal.*

*- Ave María Purísima*

*Ella no mira al ángel;  
mira su rueda de sal.*

*- Ave maría Purísima*

*El ángel dice palabras  
de espuma, de oro y cristal.*

*La Virgen vuelve la cara  
y sonrío desde atrás.*

*- Ave María Purísima  
El ángel se retira  
por el cielo de Judá.*

*La Virgen sigue su sueño  
con una sonrisa igual.*

Gabriel viene del cielo con la divina misiva; sobre vuela Nazaret, buscando a aquella mujer en la que se hará carne la misma vida. Mañana santa de la Encarnación en que Dios sus promesas cumplía, y en su seno, María, alumbraba para el mundo al Salvador. No se ha visto nunca obra mayor, ni más grande portento, pues por Ella en el mundo toma cuerpo El que traería la gracia y el perdón.

El romancero gitano que fue poeta en Nueva York, hoy me presta su voz, y con ella proclamo que la Madre fue Madre de Dios; que con su sencilla sonrisa, su humanidad sin tacha ni error, abrió las puertas de la historia humana al Divino Redentor.

*Hágase en mí según tu Palabra”* y el ángel la dejó, más ya nunca se separó el Señor de la raza humana. Pues Dios y hombre verdadero convenía que fuera Aquel que al mundo trajera la gracia y la bendición de Dios. Lo que Adán y Eva rompieron, la original comunión con el Creador, viene a rehacerla el Redentor. Quien siendo humilde, como su Madre, la Humilde Sierva del Señor, nos enseña que la vía del amor, con la entrega y el sacrificio, es camino seguro para el cielo, vergel de comunión perfecta, sueño y eterno anhelo.

El Sí de María el día de la anunciación no nace de la improvisación, sino de renovar cada día su vital consagración. Pues esta llamada y vocación a la maternidad divina no es un sí pasajero que se da como flor de un día, sino que es para toda una vida que queda configurada por esta misión.

El ser Madre del Dios del cielo es una gracia que nace de un deseo; de hacer del servicio el único anhelo, siendo el sacrificio el camino de vida pleno.

Por el Fiat de María aquella mañana de encarnación se hacen posibles otras entregas, otras vidas que se convierten en ofrendas para prolongar en el mundo el amor infinito de Dios. Porque es

eco de aquel “Hágase” el que resuena en cada corazón que hace de Dios su razón y del amor al hermano el objeto de su entrega.

Es por eso, Madre mía, que si hoy te alabo desde aquí es porque quisiste actualizar tu Sí en la entrega a Dios de esta vida mía. Porque fue a tu sombra, y bajo tu mirada, que se fue forjando en mi corazón aquel deseo que se convertiría en vocación y que llegaría a ser un día vida consagrada.

Pues cada día, en cada jornada, Tú me alientas a entregarme sin calcular, pues no es propio de hombres de Dios el darse a medias sin más. Me recuerdas que el sentido de mi vida sacerdotal es darme por entero a Dios y a los demás. Y para este servicio divino, no hay más ruta ni plan que el que Tú nos enseñaste en las bodas de Caná: “*Haced lo que Él os diga*” y la alegría abundará.

Es por esto, mi Celestial Señora, que quiero hacer saber a estos hermanos míos, que quien a Dios dice querer no puede caer en el desvarío de alabar a Dios con los labios y tener el corazón perdido. A Dios se le ama por entero, sin límites ni condiciones, y a parte de todos los honores, se rinden para Dios los corazones. Y no solo con buenas palabras, no solo con buenas razones; sobre todo con obras, con esa mano tendida que se presta a entregar la vida a todas horas. Para aliviar la carga del hermano, llevando con él su cruz; que así nos lo enseñó Jesús, el Nazareno, el Hijo de María, que el amor consiste en darse, en amar sin medida, incluso al enemigo, poniendo la otra mejilla. Así lo aprendemos de Ti, Madre de la vida entregada, que desde que naciste fuiste consagrada para ser de Dios la esclava.

Por todo esto, hermanos míos, os exhorto con fraternal amor y os invito a amar al Señor, tal como lo hizo María. No a medias tintas, sino de verdad, haciendo de la caridad el motor de vuestras vidas. Caridad para Dios, que por amor nos dio todo, devolviendo vida por vida; dedicándole su tiempo cada domingo en la Eucaristía,

donde Él se hace alimento para sostenernos en nuestras fatigas. Y alimentados con su Cuerpo, alimento que da la vida, no nos olvidemos del hermano, con el que convivimos cada día; el que sufre y llora, que como dijo el Señor, en ese habita el mismo Dios. Pues grande favor nos haremos si le servimos en los pobres, tristes, solos o enfermos.

Y ahora quiero pedirte, Madre de los sacerdotes, por aquellos a los que Dios nos llamó en los más hondo de la conciencia a prolongar su presencia y a hacer resonar su voz: Perdonando los pecados, acogiendo al pecador; engendrando nuevos hijos por el bautismo para Dios; sosteniendo al enfermo o confirmando en el amor a los que encuentran en otro rostro el mismísimo rostro de Dios. Haznos santos, Madre mía, según el Corazón de Cristo. Sostenos en la tarea de servir a todos con una entrega sincera y de corazón.

La mies es mucha y los obreros pocos, pero que nunca se apague el fuego del primer amor. Aquel que Tú avivaste, Madre, en nuestro débil corazón, y que se convirtió en hoguera que al fin iluminó ese camino de oblación que, como el tuyo, se convierte en puerta para Dios.

Pues no somos superhombres, sino solo herramienta por la cual Dios entra en la vida de tantos hombres. Que nunca dejemos de rezarte, ni de tenerte por ejemplo y modelo, y que sea siempre nuestro anhelo, una vida que nazca de imitarte.

Y te pido por mí, Madre, mi Virgen de la Alhambra, que me llevaste a Cristo desde mi más tierna infancia:

La vida que recibimos  
la recibimos como un don,  
una total donación  
que ni pedimos ni merecimos

La vida es don y tarea  
que consiste en descubrir  
como podemos servir  
a quien la vida nos entrega.

Es por esto que vivir  
no se trata de guardarse  
sino de darse y desgastarse,  
“en todo amar y servir”.

Pero, ¿Cómo vivir esta oblación  
sin tener un ejemplo y modelo,  
una imagen, un espejo,  
para ofrecer la vida a Dios?

Yo me crié mirándote  
y mirándote aprendí a creer;  
a tus plantas pude comprender  
que Cristo estaba llamándome.

Que el sentido de mi vida  
era amarle solo a Él,  
como Tú supiste hacer  
desde que oíste aquel “Ave María”

Desde aquel bendito día  
Tú supiste cual era tu lugar  
que no era otro sino estar  
guíando siempre a la humanidad perdida

Al que es Fuente de esperanza  
Consuelo, Fortaleza y Alegría,  
Al que es Camino, Verdad y Vida,  
y trae la gracia y el perdón al alma.

Tú supiste guiarme en esos años  
en los que disponía vida y corazón  
para entregarme en consagración  
a Dios y a todos mis hermanos.

Por eso declaro que soy sacerdote  
por gracia de Dios y de María  
pues cuando mi ánimo decaía  
ahí estaba tu mano sosteniéndome.

Cuantas noches de duda  
que quedan entre Tú y yo  
en las que me llevabas a Dios  
cuando llorando suplicaba tu ayuda.

Ayuda que me hizo llegar  
al día feliz de mi ordenación  
cuando lo que era vocación  
se convirtió en vida sacerdotal.

Y desde aquel día siempre estás  
conmigo haciéndome ver  
al que puedo reconocer  
en el hermano que comparte mi andar.

Ya sea en la Contraviesa,  
tierra amada de mi corazón,  
o en mi presente amor,  
Motril, clavel de la Vega.

En los amigos que me has dado  
columnas de mi vivir  
en los que puedo sentir  
el impulso que me da tu mano.

Siempre llevo tu Nombre  
y tu Imagen por bandera,  
que no tiene mi corazón otra Reina  
ni poseo otra meta u horizonte,

que el de llevar a muchos a tu Hijo,  
Pastor eterno del hombre,  
y que todos sepan tu Nombre,  
y en él busquen cobijo:  
¡María, Angustias de la Alhambra!

## 5. **“A ti misma, una espada te traspasará el alma”** Lc 2, 35

Es alto el precio del amor, y su esencia misma contradictoria, pues te puede conducir a la euforia, o al más profundo dolor. Dolor porque puedes perder a la razón de ser feliz; pues somos caducos todos, y todos vamos a morir. Euforia porque cuando logramos encontrar a quien de corazón amar, todo cobra sentido y la vida suena a gloria, a victoria ante cualquier desafío, por muy adversos que los vientos puedan soplar.

Así es el amor, paradoja eterna del alma, que busca la felicidad en lo caduco que pasa. Pues este mundo pasa, todo pasa y nada queda, salvo el amor, que siempre deja su huella en la historia por toda la eternidad. Paradoja eterna del hombre, que para alcanzar la felicidad plena ha de pasar por el dolor y la pena, y alcanzar así la razón de su vivir, que no es otra sino sentir el amor por el que fue engendrado; un amor que siendo alegría, viene siempre atravesado por la mayor de las desdichas, que es saber que todo pasa, y pasa también el amado. Y que solo el mismo Dios, Omnipotente en todo tiempo - presente, futuro y pasado – puede alterar este eterno relato, alumbrando la vida en las profundas tinieblas de la muerte y del pecado.

Toda existencia humana, por tanto, viene atravesada por esta eterna verdad: que aún siendo hijos de la luz, también en nuestra vida existe la oscuridad. Paradoja humana, humana contrariedad: que hasta en la alegría más honda parece también que la luz se nos pudiera apagar.

Y el único remedio para que no se apague la luz de la Fe, es querer con la misma fuerza, con el mismo abrazo, en el desierto y en el vergel; en la alegría y en la tristeza; en la incertidumbre y en la certeza. En todo amar, porque el Amor es el ser del mismo Dios. Y estando Dios a nuestro lado, elocuente o callado, estamos en camino para el cielo. Porque Dios, hasta dormido o muerto,

podemos tener por cierto, que nunca abandona a su criatura, si esta no lo deja de abrazar. Es por esto, que quien acoge a Dios en su regazo, no quedará en oscuridad, pues está iluminado por la eterna verdad, que retiene junto así en místico abrazo.

Este abrazo es el que en María determina el principio y final de su misión maternal de acompañar al Señor de la vida. A los ocho días de nacer, en su regazo lo llevaba al templo, sin saber que con el tiempo en su regazo lo volvería a acoger. Pero en ese momento sublime y amargo del calvario, no llorará Él, derramando lágrimas de tierno infante, pues en ese tiempo, lacrimosa, será Ella quien tenga que llorarle, y en su regazo abrazarle inerte por aquella muerte con la que Él restaura la vida.

*Una espada te traspasará el alma*” fue la palabra que te dirigió el profeta, anunciando que el Hijo que abrazabas traería la reconciliación a las almas, a todos la gracia y el perdón, pero a costa de su vida y también de tu dolor. El abrazo que aquel día era alegre ofrenda para Dios del hijo de sus entrañas, se convertiría en abundantes lágrimas brotando del corazón, roto y quebrantado de una Madre que nunca hubiera deseado que fuera la cruz el camino para la salvación.

La vida de Jesús, el Hijo de Dios, estaba atravesada desde el primer instante por la cruz; y así también la vida de María, compartiendo el destino de su Hijo, transita por los días de luz, donde todo era triunfo y victoria, hasta llegar al viernes oscuro en que lo ve clavado al crucifijo, dejando para la historia aquel testimonio de Amor, que hace bello el sacrificio y eterna una enseñanza: Que por la cruz se llega a la gloria; que al honor se llega desde el servicio.

¿Acaso puede alguien tan siquiera imaginar el dolor de aquella espada que el alma atravesaba, de la Madre, al ver al Hijo expirar? ¿Cómo mantenerse en pie, viendo morir a Aquel, a quien había escuchado decir “Yo soy la Vida y la Luz? ¿Cuántas lagrimas pudo

derramar al ver la Madre, de la cruz descolgar al que a muchos pudo sanar y sin embargo a Él mismo no se salvó?

“No he venido a ser servido – dijo el Señor Jesús – sino a servir, y a dar mi vida en rescate por muchos”. María al pie de la cruz, en aquellos instantes oscuros, traería a la memoria del corazón toda la enseñanza del Hijo, buscando razón para tal desenlace, buscando cobijo en palabras de esperanza, que pudieran darle confianza en el Padre, Dios de los eternos designios.

Mas toda palabra, todo humano pensar, parece de golpe callar cuando recibe al Hijo en su regazo. Cuantas veces lo sostuvo desde aquel bendito día que en Belén lo trajo al mundo. Como serían aquellos primeros pasos, cuando tomado de sus manos abandonaba su regazo para empezar por el mundo a caminar, comenzando así el peregrinar del Verbo que hecho carne venía para el mundo mostrarle el amor infinito de Dios. Peregrinar del Mesías, que anunciando el amor y denunciando las injusticias, lo llevaría a los amargos días de la entrega y la pasión. Y también en este camino, Vía dolorosa hacia la cruz, Tú sostuviste a Jesús, con tu mirada, compañía, lagrimas y oración.

Pero en esta hora sublime, Hora Nona del Amor, el tiempo se detiene, cuando la Madre de Dios sostiene el cuerpo muerto del Salvador. El Hijo del Altísimo, el Mesías, el Señor, reposa muerto, silente, en aparente derrota de Dios. Y en esa soledad, abandonado de sus discípulos y, parece que hasta de Dios, compartes Señora el dolor, de todos aquellos que claman al cielo, pidiendo a Dios una señal, un consuelo, para calmar el sufrimiento desgarrador que nace de la enfermedad, de la pena o el desconsuelo, del paro, del hambre o de la guerra, que no son pocos los males que el pecado ha generado en esta tierra.

Tú compartes Señora, con todos los hombres su pasión, y en esa espada que atraviesa tu corazón, se compendian los anhelos del

hombre. Anhelos de Vida, de Luz y de Salvación. Aquellas prebendas divinas que venía a traer el Redentor, el mismo que con su muerte parece dejar sin respuesta nuestros porqués más profundos, parece dejar medio muerta nuestra alma sedienta de eternidad.

Momento que marca la historia del humano amor maternal, y que queda para siempre en la memoria de los granadinos que en el monte rojo pueden contemplar la más bella efigie de aquel abrazo eterno, cuando del leño brotó la imagen que Torcuato Ruiz del Peral para la humanidad legó. Aquella que desde entonces, nos hace viajar a aquel momento en que la Madre abraza al Hijo de Dios, abrazando en Él nuestra humanidad, rota por el pecado y el dolor; aquel momento en que llorando, sostiene con su materno amor la pasión divina y humana, con que Cristo sana la pecadora condición.

Es un llanto contenido, el de la Madre de Dolores llena, pues no quiere que sea su pena obstáculo que aparte la mirada de la carne desgarrada del que ha muerto por nuestro amor. Porque así ha sido su vida, una constante en la discreción, siempre en el silencio orante que solo entiende una Madre que habla de forma constante de la vida de su Hijo a Dios.

Un Hijo que hasta en la muerte, es columna y fundamento de la Madre bendita que en su seno le dio cuerpo. Una mano es derrota, de la muerte que parece vencer; sin embargo, con la otra, parece sostener la mano de la Madre que quiere creer que su Hijo no ha muerto, sino que dormido está, y por eso lo sostiene como si lo quisiera acunar.

Es Ella, hermanos, Nuestra Madre Alhambreña,  
la que da razón a nuestro ser,  
la que cada noche cada uno sueña con volver  
a ver cuándo despierta.

Pues es su Bendita Imagen  
la que preside nuestras casas,  
la que reluce en nuestras palabras  
cuando oramos en nuestras penas,

la que trae consuelo a nuestras almas,  
cuando el dolor zozobra;  
y cuando la alegría rebosa  
damos gracias a boca llena.

No temáis, hermanos míos,  
que el abrazo de María es grande,  
y en él todos caben,  
pues no quiere nuestra Madre que falte nadie.

Junto al cuerpo de Jesús,  
junto a su entrega y pasión,  
cabe también tu dolor  
tu angustia y tu cruz.

Es el abrazo de una Madre,  
descanso para el alma,  
que encuentra en su regazo la calma  
y en su mirada de amor, la luz.

Esa que parece que se apaga,  
cuando parece que Dios calla,  
y las tinieblas embriagan  
hasta las costuras del alma.

Más no es Dios el que calla,  
pues en su abrazo, en el regazo  
de María de la Alhambra  
brilla su palabra, palabra de esperanza.

Pues justo eso necesitamos,  
esperanza y certeza,  
de que Dios cumple su promesa  
y que siempre triunfa la vida.

Vida feliz en esta tierra  
y aquella que no se acaba,  
la vida feliz y eterna.  
La vida que esperamos junto a Nuestra Madre y Reina.

En aquel día postrero  
que a todos nos llegará  
en el que Dios juzgará  
nuestros días, del ultimo al primero,

Podremos decir al Señor  
Juez de Eterna Justicia  
que no tuvimos otra delicia  
ni otro supremo amor,

que el amor a Nuestra Madre  
y a su Hijo Jesús  
aquel que con su Cruz  
nos reconcilió con el Padre.

Y le hablaremos de Ti  
de cuantos secretos compartidos  
de cuantos sábados santos vividos  
queriendo contigo sentir,

tu dolor corredentor  
tu entrega de principio a fin  
tu fidelidad desde que dijiste Sí  
a la tarea de ser Madre de Dios.

Y cuando Dios Soberano  
abra las puertas del cielo  
solo tengo un anhelo  
que Tú me lleves de la mano

para poder entrar contigo  
en la gloria celestial  
contemplar tu rostro maternal  
y alabarte a voz en grito,

enseñando a todos los ángeles  
como te rezan los hombres,  
llamándote por tu Nombre:  
y así ellos también de aclamen:  
¡María, Angustias de la Alhambra!

## 6. “Venid, Subamos al Monte del Señor” Is 2, 3

Como todo lo que hay sobre esta tierra es caduco y temporal, así mi palabra y alabanza llega también a su final. No mi entrega a la Señora, en el seno de su hermandad, que esa siempre será mi honra: el poderla exaltar con mi servicio a la que atesora el patrimonio inmemorial que es la historia de los que hace casi un siglo fundaron esta hermandad para darle a Dios gloria y a su Santísima Madre Celestial.

Mis palabras ya van cesando, pero quiero terminar con ellas señalando a donde tenemos que caminar. Hacia el cielo, trono celestial, que en Granada tiene su sede en la Alhambra, colina ancestral, en la que Nuestra Señora nos espera para de nuevo inaugurar ese bendito día, el que marca el principio y final, de los años de los alhambreños que miden siempre el tiempo contando desde tu altar. Porque es aquí donde todo comienza; desde donde pueden brotar, las flores de un deseo: el de poderte mirar. Porque en mirarte, en rezarte, en poderte acompañar, encuentra el alma el sentido de esta vida terrenal.

Porque ser cofrade es esto, hacer de Dios el centro y de su Madre el ejemplo y el espejo en que comparar esta vida nuestra, en proyecto de santidad, construyéndose de la gracia que Tú no dejas de derramar sobre los que en tu manto buscan amparo maternal.

Por esto, en este momento, hago más las palabras del profeta, que se hacen realidad y ciertas, camino de vida y verdad: “*Venid, subamos al monte del Señor*”, donde el Señor nos espera cansado de entregarse por nuestro perdón y vida eterna. Y aquí en este monte, lo podremos encontrar, descansando en el regazo de Nuestra Madre Virginal. Esta Madre que es descanso para nuestro peregrinar, pues no es sino en su abrazo que nosotros sabemos descansar.

Que amanezca un nuevo Sábado, que participa de la santidad del que en la cruz murió por nosotros y de su Madre que por nosotros, se dejó atravesar, por el dolor más fiero que se pueda imaginar. Pues el Hijo se entrega al sufrimiento más temido, porque la Madre dio permiso a Dios para en nuestra historia entrar, y así podernos salvar haciéndose uno con el hombre herido.

Pues subamos hermanos, ¡subamos!, a este monte de santidad, donde quiso el Señor, que para la posteridad se edificara aquí este templo, reflejo de la Morada Celestial, donde reina nuestra Reina y desde donde no nos deja de llamar, a caminar hasta Ella, para así podernos tomar de la mano y acompañar junto a Cristo, Divino Maestro, que con su enseñanza nos llenará de Paz. Esa Paz que da el saber que nunca nos faltará el amor de Dios nuestro Padre que nos concede la dignidad filial.

Recorramos pues el camino, un sendero que está en el corazón, y que conduce a ese destino que es el cielo alhambreño del amor. Por eso ahora termino invitándoos a mirar a Nuestra Madre alhambreña, que solo Ella puede guiar al pueblo de Dios perdido para el camino hacia Dios encontrar. Y suplicad conmigo:

Madre del pueblo peregrino  
que nos precedes en el humano caminar  
no dejes nunca de amparar  
al alma que busca su destino.

Pues la vida es la tarea  
de buscar la fuente que calma  
la sed profunda del alma  
que vacía ansía estar llena

del mismo amor que le dio origen  
del mismo Dios que le dio el ser  
y que le enseñó a beber  
de la fuente que da la vida.

Mas, ¿Dónde está la Fuente  
eterna y escondida  
donde brota la vida  
del manantial del amor excelente?

Esa fuente está en tu mirada,  
en tus lágrimas benditas,  
en esa belleza divina  
de la sangre derramada

del Hijo amado que en tu regazo  
ofreces al pobre pecador  
que buscando al Salvador  
lo encuentra tendido en tus brazos.

Pues atravesemos, hermanos,  
las puertas hace un año cerradas  
y que conducen a las moradas  
donde habita la Gloria de Dios.

“Puerta de las Granadas”,  
que hace un año te cerraste  
déjame hoy cruzarte  
en busca de la Reina Coronada.

Abréte, imperial paso  
que es grande mi anhelo  
pues camino porque espero  
descansar en el maternal abrazo.

No te opongas, antiguo dintel,  
y déjame caminar tranquilo  
que solo quiero atravesar con sigilo  
el alhambrenño vergel.

Pues este bosque es la entrada  
al cielo de la ciudad  
que ardiendo de caridad  
sube aquí en busca de su Soberana.

Sube en silencio orante,  
el granadino que busca tu consuelo  
y el corazón suspira inquieto  
soñando con el momento de mirarte.

Por eso “de la justicia”  
se llama el siguiente portón  
pues la justicia que espera el corazón  
es la de alcanzar el perdón y gozar de la delicia

que da el postrarse a tus plantas  
y dejarse encandilar  
por el divino cantar  
que es la armonía de tus virtudes santas.

Y a punto ya de mi destino  
solo me queda cruzar  
el angosto y estrecho umbral  
llamado “Puerta del vino”.

Y es que estrecha es la puerta  
que conduce al divino encuentro  
y para poder pasar dentro  
solo hay una manera.

Vivir en humildad  
alabando tu grandeza  
e imitando tu pureza  
reconociendo nuestra necesidad.

Pues somos débiles hijos  
que necesitan de tu amparo  
y que buscan bajo tu manto  
gracia, protección y cobijo.

Para llegar así a la Ciudad santa,  
a la alhambra, casa de reyes,  
donde no hay más precepto ni leyes  
que el de quererte, amarte y acogerse a tus mercedes.

Reina y Señora de nuestra Vida,  
eterno destino del alhambreño vivir  
que no puede sino existir  
para seguirte siempre como faro y guía.

No nos desampares Madre mía,  
en esta vida y en el trance fiero  
cuando tiemble el corazón de miedo  
pensando en no poder verte otro día.

Danos la gracia, Madre mía,  
de llevarnos Tú por el sendero  
que conduce al gozo verdadero  
de llegar a la gloria celestial

donde ángeles y hombres,  
alabando tu Santidad  
cantan repitiendo por toda la eternidad  
que la Madre de Dios es granadina  
y su Nombre siempre será:  
¡María, Angustias de la Alhambra!